

jamás cobardemente detrás de sus agentes cuando dictaba providencias rigurosas, quiso que el mariscal Davout, al ejecutar estas formidables instrucciones, declarara que obraba á tenor de las órdenes formales de Napoleón, y añadía que contaba con su inflexibilidad reconocida para que estas órdenes fuesen ejecutadas en todas partes. Por fortuna, sin decirlo, contaba también con la hombría de bien y la cordura de este mariscal, que, riguroso y todo, sabría esperar antes de cumplir lo que se le prescribía á que la cólera de su soberano se evaporara en palabras tremendas. De todas estas órdenes la parte principal no se debía llevar á cabo, resultando no más que cuantiosas contribuciones, con las cuales viviría el ejército durante seis meses desde Hamburgo hasta la capital de Sajonia.

Pasando Napoleón á caballo el tiempo que no dedicaba á trabajar en su gabinete, recorrió las márgenes del Elba, reconoció á Koenigstein y Pirna, así como el país todo más arriba y más abajo de Dresde, dispuso el establecimiento de dos puentes, uno en Dresde mismo y con tablonces para enlazar las partes subsistentes del de piedra y otro de armadía en Priesnitz, por donde el ejército había operado el paso á viva fuerza. También hizo construir robustas cabezas de puente, abarcando una y otra orilla para el caso en que se viera obligado á replegarse á la línea del Elba después de perdida una batalla, y vigiló personalmente la creación de vastos hospitales y de vastos almacenes de víveres á la orilla izquierda, para que nada quedase expuesto á las empresas del enemigo. Todos estos trabajos los hacía ejecutar á dinero contante y sacado de su tesoro secreto, con el fin de atraerse al pueblo de Dresde, á quien quería intimidar y satisfacer al propio tiempo.

Habiéndose incorporado los destacamentos de caballería llevados de los depósitos por el duque de Placencia, embebiólos en el cuerpo del general Latour-Maubourg, de manera de juntar los escuadrones de cada regimiento. De este modo había ascendido el tal cuerpo á ocho mil hermosos jinetes, y con tres mil jinetes sajones que debían tornar de nuevo, con mil ó dos mil jinetes bávaros y wurtembergueses á quienes se esperaba, dentro de algunos días debía subir á doce mil hombres de á caballo. Cuatro mil de la guardia elevarían á diez y seis mil soldados el total de nuestra caballería, fuerza ya respetable, é independiente de las tropas ligeras de esta arma que tenía cada cuerpo para las exploraciones. De los destacamentos procedentes de los depósitos á las órdenes del duque de Placencia, por lo menos quedaban tres mil jinetes destinados al general Sebastiani para completar sus regimientos cuando llegara á Wittemberg. Entonces tendría el ejército veinticinco mil hombres de á caballo capaces de cargar en línea. Ocho ó diez días convenía aguardar aún para pasar de un estado casi nulo en materia de caballería á un estado bastante imponente. Además, el general Barrois llevó una segunda división de infantería de la joven guardia, y á las órdenes del general Delaborde se preparaba otra tercera en Franconia. Así, durante algunos días de descanso en Dresde se completaban los trescientos mil hombres, que constituían el primer armamento de Napoleón y que bastarían quizá á dictar leyes á la Europa coligada. En este reposo tan activo aguardaba al rey de Sajonia, conminado á presentarse en Dresde, y al

conde de Bubna, anunciado de Viena con tanto aparato.

Con efecto, ni una hora había perdido el rey de Sajonia para ceder á la intimación de su aliado formidable. Según dicho queda, salió de Praga pidiendo y prometiendo al Austria el secreto sobre todo lo acontecido. Rodeado de su familia y de su hermosa caballería, reclamada tantas veces sin fruto, llegó el anciano monarca el 12 de mayo por el camino de Peterswalde á las puertas de Dresde. Napoleón, que había resuelto representar una especie de comedia, pero grande según le convenía, salió de la ciudad á la cabeza de su guardia para recibir al monarca sajón, á quien, al decir suyo, tenía á dicha restituir sus Estados reconquistados por las armas de Francia. Formada estaba la hueste francesa, el tiempo era magnífico, y todo se prestaba á una escena imponente. Ya junto al anciano monarca, apeóse Napoleón del caballo y le abrazó de uno manera afectuosa, como á un príncipe que para unírsele le hubiera arrancado de manos de enemigos peligrosos, y no como á un príncipe arrepentido y vuelto á impulsos del miedo. No pudo menos de sentir viva emoción Federico Augusto, pues si temía á Napoleón, también le amaba, no habiendo recibido de su mano más que beneficios, muy quiméricos para su debilidad y anonadadores, dado que consistieran en la pesada corona de Polonia, pero beneficios al cabo; y al volverle á hallar tan prepotente y tan amigo, dominóle un sentimiento de gratitud. Napoleón le recibió con tanto respeto como dignidad, delante de los vecinos de Dresde, que acudieron en masa para asistir á esta entrevista; y por lo demás tan niños son los pueblos, que, á la vista de espectáculo semejante, también se enternecieron los sajones, y se aplacaron, por decirlo así, ante los dos monarcas reconciliados. Fuerza es añadir que los rusos se habían portado en Sajonia de modo de disminuir en gran manera el odio que inspiraban los franceses.

Napoleón llevó á Federico Augusto á su palacio afectando que se lo restituía, y el mismo día comió á su mesa con suma pompa. Provisionalmente se había alojado en el palacio del monarca, bien que con el proyecto anunciado públicamente de elegir una mansión más militar, menos molesta, y también con el designio de dejar á su huésped la apariencia de un príncipe soberano del todo en su casa. Para Napoleón se buscaba una quinta á las puertas de Dresde, donde podría disfrutar de la plenitud de su tiempo y de la estación hermosa, y donde se daría trazas de estar de campo, lo cual le agradaba sobremanera.

Tras de estas demostraciones vinieron las expansiones y las explicaciones entre Napoleón y el anciano monarca. ¿Por ventura hizo este príncipe á Napoleón las confesiones de que se le ha acusado posteriormente para justificar el despojo de parte de sus Estados? Así se ha pretendido sin duda, pero todo prueba lo contrario en los documentos existentes. Probable es que, sin que fuera infiel este soberano, se descubrieran por sí mismas las miras del Austria, en sus relaciones, y que si las reveló fué mal de su grado, pues eran harto claras de suyo, y poco culpables al cabo de todo, aunque entonces las tomara Napoleón en muy mala parte. Lo cierto es que las revelaciones que cambiaron completamente las disposiciones de Napoleón respecto del Austria, le llegaron antes del 12 de mayo, día de la entrada de Fe-

derico Augusto en Dresde, y que todo lo supo ora por Mr. de Narbonne, ora por los despachos interceptados, y nada por el rey de Sajonia, ausente de su capital todavía.

En esta entrevista Napoleón tranquilizó á Federico Augusto acerca de las resultas de la guerra, le hizo que participase de su confianza, y le infundió tanto sosiego como podía experimentar este príncipe entre el tumulto de las armas, que tan mal cuadraba á su genio. Completa había vuelto á ser la unión, y especialmente quiso Napoleón que lo pareciera, pues le convenía mostrarse en perfecta intimidad con sus aliados, propalándose que era tan temido como aborrecido por ellos, lo cual era verdad positiva con relación á los pueblos alemanes, si bien no tanto respecto de sus soberanos.

La primera ventaja que sacó Napoleón de la presencia del rey en Dresde, fué la de poner la mano en sus tropas. Soberbia era la caballería sajona. Completándola con algunos reclutas, debía ascender á unos tres mil jinetes, ya seducidos por los hábiles halagos de Napoleón á semejanza de su monarca. Confiada fué al bizarro Latour-Maubourg el mismo día. Tocante á la infantería encerrada en Torgau hallóse expuesta á una prueba harto peligrosa. Muy comprometido estaba por su conducta el general Thielmann, uno de los patriotas alemanes más ardientes y más sinceros. Había ido á visitar en Dresde al emperador Alejandro, manifestóle su adhesión á la causa de los coligados, si bien como súbdito sumiso no se atrevió á poner la plaza de Torgau en sus manos, teniendo órdenes de su monarca para no abrirla más que á los austriacos. Vuelto á Torgau, desesperóle ver caído de nuevo á su soberano después de la jornada de Lutzen en poder de los franceses, y aun concibió muy vivos temores respecto de sí propio. Cediendo al doble estímulo del patriotismo y de las zozobras personales, probó entonces á quebrantar la fidelidad de sus tropas y á inducir las á que se pasaran á los rusos, fundándose en que el rey no era libre, y no daba más que órdenes arrancadas á la fuerza. Aun cuando sus acentos patrióticos resonaran en el corazón de sus oficiales, no pudo arrancarlos, y todos en unión de sus tropas siguieron fieles al monarca. Después de esta infructuosa tentativa fugóse al campo de Alejandro, abandonando su infantería, que desde este momento volvió sin dificultad al mando del general Reynier, hacia cuyo talento y carácter había concebido una estimación merecida.

Durante este tiempo, ateniéndose el mariscal Ney á sus instrucciones, cruzó por Leipsick y dirigióse á Torgau, donde había recogido á los sajones. Algo á la izquierda, en Wittemberg, tenía este mariscal al duque de Bellune con sus batallones reorganizados, y á la derecha al general Lauristón, establecido en Meissen con su cuerpo de tropas. Aún no había llegado el general Sebastiani conduciendo la caballería remontada en Hanóver y la división de Puthod, la del cuerpo de Lauristón dejada á la espalda. Sin embargo, con Reynier, Víctor, Lauristón y Ney, tenía bastantes fuerzas para marchar sobre Berlín, y aguardaba la orden con impaciencia.

Antes de expedírsela Napoleón quería tener exactos informes sobre los designios de los coligados. Ya había dirigido más allá del Elba al cuerpo del príncipe Eugenio, que desde la partida de éste pasó al mando del

mariscal Macdonald, y encaminóle sobre Bischoffswerda, donde penetró este cuerpo anonadando á una retaguardia enemiga y pasando por entre las llamas.

A la sazón se acusaba á los rusos de querer obrar en Alemania de la propia manera que en Rusia, esto es, prendiendo fuego á los países de donde tenían que alejarse. Cierto es que la pequeña é infeliz ciudad de Bischoffswerda acababa de ser incendiada, quizá por las bombas y sin culpa de nadie. Desde Bischoffswerda dirigióse el mariscal Macdonald á Bautzen. Allí las noticias eran más exactas: unidos los rusos á los prusianos, aparecieron resueltos á dar una segunda batalla. Efectivamente, su resolución concordaba con las apariencias. A pesar de las pérdidas que habían experimentado, á pesar del peligro de una derrota, ninguno de ellos dudaba de la necesidad de pelear de nuevo entre el Elba y el Óder. Retroceder más, equivalía á abandonar las tres cuartas partes de la monarquía prusiana, y sobre todo á Berlín, que no se pudo defender directamente por el envío de un cuerpo destacado, si bien la protegía hasta cierto punto una fuerte posición conservada en Lusacia: equivalía á confesar ante Alemania y ante Europa que se habían jactado después de la jornada de Lutzen imprudentemente; que de tal modo fueron batidos en ella que no tenían medio de detenerse en parte alguna, ni detrás del Elba, ni aun detrás del Óder; equivalía á despedir á los patriotas alemanes, á quienes se había citado para todos los campos de batalla de Sajonia; equivalía á despedir al Austria, á la cual no se retenía sino á fuerza de promesas, de encomios, de exageraciones, y sobre todo á fuerza de la vecindad, permaneciendo en cierto modo físicamente unidos á ella. De consiguiente, había que vencer ó morir, más bien que dejarse arrancar de las montañas de Bohemia, á cuya falda se hizo alto al evacuar á Dresde, y que aprovechar para defenderse en este punto de una de las numerosas corrientes de agua que descienden del *Riesen Gebirge* por medio de Lusacia y dividen el espacio comprendido entre el Elba y el Óder. Especialmente en Bautzen, por donde pasa el Spree, se hallaba una posición fuerte, doble en cierto modo, porque presenta dos campos de batalla, uno delante y otro detrás del Spree, posición hecha ya célebre por Federico el Grande durante la guerra de siete años (1), y sobre la cual se podían recibir una y aun dos batallas defensivas, apoyando la izquierda en las montañas de Bohemia y la derecha en vastos pantanos. Tanto por su renombre, como por la ventaja del terreno, eligióse esta posición de Bautzen para pelear allí con encarnizamiento. De los noventa y dos mil hombres que se pudieron juntar en las llanuras de Lutzen el 2 de mayo, se habían perdido cerca de veinte mil en el fuego ó de resultas de las marchas, si bien fueron reemplazados por otros treinta mil, hallados unos en Silesia, por medio de las reservas que Prusia había aprestado en esta rica provincia, sacados otros del cuerpo que bloqueaba las plazas del Vístula. Este era el de Barclay de Tolly, fuerte de quince mil rusos, que se acababa de apoderar en Thorn de una guarnición, bávara en su mayoría, desolada por enfermedades y alojada en obras apenas defensivas. Ninguna otra de

(1) Federico el Grande dió allí la batalla denominada de Hochkirch. (N. del A.)

las guarniciones del Óder y del Vístula había sucumbido, y á los coligados pareció mucho más útil ganar una gran batalla que bloquear plazas con escasa probabilidad de meterse dentro, y que, situadas en medio de poblaciones extremadamente hostiles, no podían ejercer ninguna acción más allá de sus muros. De consiguiente, delante y detrás de Bautzen, á lo largo del Spree y bajo la protección de vastos terraplenes y de numerosos reductos se juntaron cerca de cien mil prusianos y rusos, animadísimos y á quienes era arduo forzar en este asilo, donde estaban dispuestos á dar una gran batalla decisiva. Confióse á los generales prusianos Bulow y Bórstell el cuidado de cubrir como pudieran á Berlín y el Brandeburgo, á los corredores de Czernicheff y de Tettenborn la tarea de mantenerse junto al bajo Elba, comiendo, bebiendo y quemando á expensas de los alemanes á quienes venían á libertar, y propusieron los coligados resolver por sí propios la gran cuestión europea á los ojos del Austria y á la misma falda de sus montes. A ésta se le dirigieron las más pomposas descripciones de la posición tomada, de las fuerzas reunidas, y se le suplicó que no se dejara intimidar ni seducir por el tirano de Europa, que, según su dicho, se iba á ver reducido muy pronto al último trance.

Tales eran los pormenores que se adquirieron de todas partes por medio de nuestros espías y de los reconocimientos, llevados ahora á mayor distancia de resultados del aumento de nuestra caballería. No habiendo pasado más que una semana en Dresde, tiempo estrictamente indispensable para reinstalar al rey de Sajonia en sus Estados, para reunir alguna caballería y poner en línea los cuerpos de tropas, abrazó Napoleón el partido de marchar en seguida hacia adelante, y de ir á disipar nuevamente los humos con que se embriagaba el orgullo de los coligados. Ya el mariscal Macdonald se hallaba á la vista de Bautzen, é hizo que el mariscal Oudinot le apoyara á la derecha y á lo largo de las montañas con una división bávara y dos francesas, y el mariscal Marmont á la izquierda con sus tres divisiones, dos de ellas francesas y una alemana, y el general Bertrand todavía más á la izquierda con una división francesa, otra italiana y otra wurtemberguesa. Al propio tiempo mantuvo al mariscal Ney y al general Lauristón delante del Elba, en aptitud de trasladarse á la derecha hacia el grande ejército, ó á la izquierda sobre la capital de Prusia. Se hallaban el mariscal Ney en Luckau y el general Lauristón en Dobriluch, este último enlazado con el grande ejército al primero. Napoleón les previno el 15 de mayo, día en que le llegaron las noticias seguras esperadas, que sin pérdida de tiempo se encaminaran á Hoyerswerda, de manera de desembocar sobre el flanco y sobre la espalda de la posición de Bautzen, cuya conservación ofrecería dificultad suma, cuando se hallasen en marcha sesenta mil hombres para rebasarla. Queriendo utilizar todas las fuerzas que no necesitaba indispensablemente en otra parte, dispuso Napoleón que el general Reynier siguiera á Ney y á Lauristón. Dejó al mariscal Víctor, duque de Bellune, delante de Vittemberg, como una amenaza perenne contra Berlín, amenaza que se realizaría más tarde según los sucesos, y aprestóse personalmente á marchar tan luego como los movimientos prescritos se hallasen bastante adelantados hacia el objeto indicado para que su presencia fuese necesaria. Ya la

misma guardia había sido dirigida hacia Bautzen, adonde se enderezaban á la sazón todas nuestras fuerzas, y adonde les iba á seguir la atención de Europa. Teniendo ciento sesenta ó ciento setenta mil hombres que oponer á cien mil enemigos, por fuerte que fuera la posición de éstos, no se debía inquietar Napoleón sobre el resultado. Por todas las posiciones del mundo valía la manobra encargada al mariscal Ney, y en su actual estado pudiera prescindir el ejército francés de su superioridad numérica para alcanzar el triunfo.

Napoleón iba á dejar á Dresde, cuando apareció al fin Mr. de Bubna el 16 de mayo por la noche, viniendo de Viena lo más de prisa que pudo para ganar el tiempo que se le había hecho perder en retocar sus instrucciones á tenor de las noticias llegadas de los dos cuarteles generales. Al punto le dió Napoleón audiencia, y aunque estaba determinado á disimular respecto del Austria, aunque profesara mucha benevolencia personal á Mr. de Bubna, le bizo una acogida algo áspera por de pronto. Lejos de los hombres calculaba con frialdad y con la exactitud peculiar de su entendimiento: cuando los tenía delante, su naturaleza fogosa recibía de su presencia un estímulo casi irresistible. No supo contener la irritación que le inspiraban los esfuerzos del Austria por dictarle la ley, á él yerno y aliado, y sobre todo la supuesta doblez de Mr. de Metternich, creyendo tener la prueba de ella. Arrebatóse contra este último, y respecto de su persona propasóse á amenazas que, comunicadas por un testigo de mala voluntad, pudieran producir funestas resultas. Afortunadamente Mr. de Bubna tenía mucho talento, y por consecuencia mucha inclinación hacia su interlocutor glorioso, mucho deseo de la paz, y no era hombre para abusar de ninguno de los arrebatos de que era testigo.

No se alteró por tanto, y ante todo sacó de su cartera una carta del emperador Francisco á Napoleón, carta de un padre y de un hombre de bien y que contenía la verdad entera. Afectuosa al par que sincera manifestaba á Napoleón la gravedad decisiva de la situación presente, el peligro de determinaciones irreflexivas, le ponía en claro el límite que separaba los deberes del padre de los del soberano, y con dignidad é instancia le suplicaba que por su interés y por el del mundo diera oídos á las declaraciones que Mr. de Bubna estaba encargado de hacerle. Esta carta era adecuada á conmover una naturaleza tan viva como la de Napoleón, y produjo efectivamente una impresión favorable. Más reservado el emperador Francisco que Mr. de Metternich, teniendo además que hablar y que obrar menos, pudo conservar su posición más holgadamente, vióse menos obligado á acariciar alternativamente á unos y á otros, no incurrió de consiguiente en los casos de doblez, y á mayor abundamiento, cuando alegaba su doble calidad de padre y de soberano para explicar su doble conducta, le asistía la razón después de todo, porque si había concedido á Napoleón su hija á la cual amaba, y si tenía este vínculo en cuenta, no debía, sin embargo, olvidar el interés de su monarquía, necesitada de reparar enormes daños, el interés de la Alemania, sin la cual no podía existir el Austria, y si aspiraba á conciliar estos intereses diversos, lo hacía de cierto por cumplir á la vez todos sus deberes.

Aunque muy irritado lo conocía así Napoleón en el

fondo, y esta carta aplacóle sobremanera, aunque sin cambiar mucho sus resoluciones. Escuchó las proposiciones que Mr. de Bubna tenía que hacerle, no á título de condiciones, porque respecto de su persona se guardaban esmeradamente las formas todas, sino á título de conjeturas sobre lo que era posible obtener de las potencias beligerantes á título de proposiciones que Austria estaba decidida á apoyar como razonables. Ya eran conocidas de Napoleón estas diversas proposiciones, y si no se hallaba convertido, al menos se mostraba más calmado en punto á su texto. Escuchólas atentamente, fingiendo oír su enunciación por vez primera, se mantuvo tranquilo mientras le fueron manifestadas; pero poco á poco dejó ver la verdadera razón de sus negativas, y esta razón era la de su orgullo, que sufría al abandonar títulos tomados con grande aparato, ó territorios incorporados solemnemente al imperio. Perdido estaba el gran ducado de Varsovia, como que había perecido en Moscou. Bajo este aspecto ya la desazón estaba pasada. Por otra parte la grandeza de la catástrofe tenía algo digno del destino de Napoleón. Sobre este punto su resolución ya se hallaba fija, y á mayor abundamiento no se trataba aquí de su imperio, se trataba de una vasta combinación política, del restablecimiento de la Polonia, que á su decir había intentado en interés de la misma Europa, al cual no tenía obligación de sacrificarse, no habiéndole querido ayudar la Providencia y los hombres. Acerca de otro punto, acaso más grave, acerca de España, no se mostraba ya Napoleón tan absoluto, aun cuando eludiera las explicaciones, lo cual asombró hondamente á Mr. de Bubna. No manifestaba que relativamente á esta cuestión cedería, si bien daba á entender que estaba propenso á ceder algo, y en cuanto á lo presente, para inducir á negociar á Inglaterra se mostraba determinado á admitir en la confederación á los insurgentes españoles. Aquí se revelaba, sin que pudiera penetrarlo Mr. de Bubna, la nueva disposición de Napoleón de aparecer más accesible para Rusia é Inglaterra que para las potencias alemanas. Mr. de Bubna, que no esperaba tanto respecto de la cuestión española, quedó sorprendido y embelesado; pero cabalmente los mismos puntos en que Austria tenía mayor empeño eran los que hacían experimentar á Napoleón las más penosas emociones. Le era singularmente antipático galardonar á Prusia por su defección al reconstituirla. Sin embargo, como era á la par violento y propicio al perdón, aún cabía ablandarle sobre este punto. Pero renunciar al título de protector de la Confederación del Rin le parecía una humillación que se quería imponerle. Igualmente difícil de tragar le parecía la humillación de abandonar los departamentos anseáticos, incorporados constitucionalmente al imperio. Vanamente se esforzaba Mr. de Bubna en decir que el título de protector de la Confederación del Rin era ilusorio, sin utilidad alguna para Francia, pues Napoleón se valía de esta razón misma para responderle que, haciendo la cosa de ningún valor la inutilidad del título, resaltaba más el deseo de humillarle. Por su parte el negociador austriaco afirmaba que ya sería concesión difícil la que arrancara á las potencias beligerantes la incorporación de Holanda á Francia; pero que respecto de los territorios anseáticos jamás consentirían en cedérselos, Inglaterra á causa del mar,

Prusia á causa de la vecindad, Rusia á causa del ducado de Oldenburgo. Napoleón tenía una razón acerca de esto, que no estribaba en el orgullo, sino en la política, y ante la cual no estaba armado Mr. de Bubna de tan buenas respuestas, y se fundaba en que Francia necesitaba de tales territorios como un medio de cange, para hacer que Inglaterra le restituyera sus colonias; sobre cuya cuestión hasta Mr. de Metternich se había colocado en más de una conferencia bajo el propio punto de vista. A esto respondía Mr. de Bubna que no llevaba más que instrucciones preliminares, que nada tenían de definitivo, y se podrían debatir más tarde y modificar á gusto de todos; que, estando presente Inglaterra, se podrían poner en balanza Lubeck, Brema, Hamburgo, con la Guadalupe, la Isla de Francia, el Cabo, y no ceder las unas sino en trueque de las otras; y hacía vivas instancias para que al menos se juntase un congreso en Praga, por ejemplo, adonde el emperador Francisco iría en persona, para estar cerca de las potencias beligerantes y poder emplear más eficazmente sus buenos oficios.

Esta entrevista duró algunas horas. Napoleón aparecía muy ablandado, sin dar á entender, á pesar de todo, que cedería, y se convino en que antes de partir para el ejército tornaría á ver el día siguiente á Mr. de Bubna. Aunque estuviera determinado á no sufrir las condiciones á que se pretendía que asintiera, sobre todo á no sufrirlas de parte del Austria; aunque se creyera en aptitud de imponer otras condiciones á tal de contar dos ó tres meses para llevar á cabo sus últimos armamentos, le llamaba la atención lo útil de un congreso, en primer lugar para acreditar disposiciones pacíficas á sus aliados alemanes, á Francia y á Europa, y en segundo para proporcionarse los dos ó tres meses de que necesitaba para completar sus fuerzas, y por último, en tercero, para aprovechar la ocasión de reanudar relaciones directas con Rusia y con Inglaterra, relaciones de que esperaba sacar partido para entenderse con éstas sin intervención de las potencias alemanas y en su detrimento. Así tomaba el desquite de la partida que le había jugado el Austria. Esta corte se había servido de Napoleón en cierto modo para llegar á ser mediadora, y siéndolo ya al presente, se servía de la mediación para dictarle la paz á su antojo. A astucia quiso poner mayor astucia. Después de haberse servido del Austria para abocarse en un congreso con las potencias al parecer más hostiles, prescindiría de ella para los tratos, y los celebraría sin intervención suya y hasta cierto punto en su contra. Tan de su gusto eran los triunfos diplomáticos como los triunfos militares, y tan orgulloso se mostraba de ganar á un juego como á otro: fuera de que si, tomando Austria sus observaciones en cuenta, según lo prometía Mr. de Bubna, pesaba sobre las potencias coligadas con fuerza bastante para arrancarles condiciones más satisfactorias, entonces la paz aceptada y obtenida de manos de su suegro sería tan decente como de mano de otro cualquiera. Por estas razones abrazó Napoleón el partido de disimular con el Austria, de mostrarse conmovido por sus razones, de acceder á un congreso en Praga ó en otra parte, y no sólo á un congreso sino á un armisticio, que estipularan ante ambas huestes negociadores enviados á las avanzadas. Primero que se celebrara este armisticio aún pensaba

ganar una batalla, lo cual mejoraría mucho su situación en el futuro congreso, y en todo caso este armisticio le proporcionaría tiempo de terminar los vastos preparativos por cuyo medio creía poder dictar condiciones á Europa, lejos de recibir las suyas, y le facilitaría además la ocasión de abrir comunicaciones con el emperador Alejandro, desvelo que le preocupaba no poco.

Al día siguiente 17 de mayo vió, pues, á Mr. de Bubna, y aparentando rendirse á una parte de sus razones, al par que porfiaba en afirmar que moriría con las armas en la mano y haría morir á otros más bien que consentir en ciertas condiciones de las propuestas, declaró que estaba pronto á aceptar á la vez un congreso y un armisticio, y á admitir en este congreso á los representantes de los insurgentes españoles, lo cual fué siempre condición esencial y previa de toda negociación para Inglaterra. Sorprendido y pasmado Mr. de Bubna de haber obtenido tantas cosas, especialmente la última, que era inesperada del todo, ofreció escribir al punto á Mr. de Stadión, que se había trasladado al cuartel general ruso, para hacer allí lo que en el cuartel general francés hacía Mr. de Bubna, y participar el asentimiento formal de Napoleón á la reunión de un congreso y á la celebración de un armisticio. La carta de Mr. de Bubna á Mr. de Stadión, redactada en el instante y corregida por mano de Napoleón mismo, decía en substancia que, no envanecido el emperador de los franceses de resultas del triunfo reciente de sus armas, impaciente por poner término á los males de Europa, consentía en la reunión inmediata de un congreso en Praga; y que, para hacer cesar cuanto antes la efusión de sangre, hasta estaba pronto á enviar á las avanzadas comisionados á fin de negociar un armisticio. Cabalmente esta condición postrera, que tan encantado se mostraba Mr. de Bubna de haber obtenido, era en la que Napoleón ponía más ahinco, por las razones que acaban de ser expuestas. Mr. de Bubna dió curso á la carta por medio de un correo que debía llevarla con toda diligencia al cuartel general ruso, para que fuera entregada á Mr. de Stadión sin pérdida de tiempo. Seguidamente solicitó volver á Viena para regocijarse al emperador Francisco y á Mr. de Metternich con el anuncio de las excelentes disposiciones en que había hallado á Napoleón, y sobre todo á fin de prepararles á modificar algunas de las condiciones propuestas. Napoleón aprobó hasta lo sumo este retorno de Mr. de Bubna á Viena, le dijo sinceramente que sólo podían dar la paz estas modificaciones, y que la darían de seguro si eran bastantes. Al mismo tiempo confióle una carta para su suegro. En esta carta afectuosa y filial, tanto como fué paternal y amistosa la del emperador Francisco, dejó ver la llaga que le hacía sangre; dijo que estaba pronto á celebrar la paz, pero que, habiendo llegado á ser yerno del emperador Francisco, ponía su honor en sus manos; que lo estimaba más que el poder y la vida; y que estaba resuelto á morir con las armas en la mano, y en unión de cuantos hombres generosos había en Francia, antes que ser la irrisión de sus enemigos, aceptando condiciones humillantes. En seguida despachó á Mr. de Bubna, no sin colmarle de muestras de su favor.

Así se inició esta negociación sincera en parte y en parte simulada relativamente á Napoleón, pero em-

prendida con completa buena fe y eminente celo por el representante de Austria, quien se lisonjeaba de haber reconciliado con su habilidad á las potencias más formidables del universo, y prontas á venir otra vez á las manos. Inmediatamente después de despedir á Mr. de Bubna, también hizo Napoleón sus preparativos de partida, si bien antes de dejar á Dresde quiso sacar de las negociaciones entabladas el principal resultado que esperaba de ellas, y consistía en abocarse directamente con Alejandro para librarse de la influencia del Austria. Bajo pretexto del armisticio, que se debía negociar sin demora á la vista de las dos huestes, si se lograba precaver una nueva y sangrienta batalla, ideó enviar á las avanzadas á Mr. de Caulaincourt, varón designado entre todos para avenencia semejante, pues había gozado no sólo de la estimación, sino del favor de Alejandro y de su familiaridad más íntima y cotidiana. Hasta tal punto estaba designado Mr. de Caulaincourt que cabe decir que lo estaba de sobra, y que á su aspecto solo resaltaría la intención de Napoleón de una manera sorprendente, se alarmaría Prusia, se pondría sobre aviso el Austria, y se precipitarían quizá las más fatales resoluciones.

Calculando poco Napoleón cuando le convenía, tanta era su prisa de intentar una avenencia con Rusia, que no hizo caso alguno de los inconvenientes que acababan de ser señalados, y que al salir de Dresde hizo marchar también á Mr. de Caulaincourt con una carta para Mr. de Nesselrode, fechada, como la de Mr. de Bubna á Mr. de Stadión, el día 28 de mayo. Allí decía que por consecuencia de lo convenido con Mr. de Bubna, el emperador Napoleón se apresuraba á enviar un comisionado á las avanzadas para negociar un armisticio, que le parecía urgente en vista de lo próximos que estaban los ejércitos uno á otro, y que entre sus altos funcionarios había elegido al personaje que se reputaba por más grato al emperador Alejandro.

Hecho esto, y habiéndose expedido al general Durosnel las órdenes precisas para que las cabezas de puente del Elba estuviesen bien armadas, para que los hospitales se hallasen dispuestos á recibir muchos heridos, para que los víveres abundasen en caso de retirada, para que la población se encontrase bien contenida durante las tremendas escenas con que debía contarse, para que el excelente y débil rey de Sajonia, al quedarse trémulo en su palacio, se mantuviera cotidianamente tranquilo contra los falsos rumores, salió Napoleón de Dresde el 18 de mayo con dirección á Bautzen, confiado, sereno, henchido de esperanza, viviendo en medio de los peligros y de la sangre, de los padecimientos ajenos y de los propios, al modo que otros viven en medio de las distracciones y los placeres.

En su camino halló á la pobre ciudad de Bischoffswerda arruinada, todavía ardiendo y viuda de sus moradores, casi todos refugiados en los bosques. A la viva é impresionable naturaleza de Napoleón no pudo menos de conmover el desastre de esta pequeña ciudad, hartamente ajena á las disputas de los potentados que la habían tratado de tal modo. Se conmovió á la manera que os conmueve un animal á quien se ha herido sin quererlo, y que yace quejándose á vuestras plantas. Previno que se destinara una suma de su tesoro particular para contribuir á reconstruirla, disposición muy

formalmente dictada, sin que Napoleón tuviera la culpa de que no se ejecutara más tarde. En seguida continuó su viaje, y fué á pernoctar á medio camino de Dresde á Bautzen.

Desde muy temprano presentóse delante de Bautzen, adonde acababa de llegar su guardia, al día siguiente 19 de mayo, y adonde sus tropas le aguardaban con impaciencia y muy confiadas en un nuevo triunfo. Al punto montó á caballo para practicar á tenor de su costumbre el cabal reconocimiento de los lugares donde se aprestaba á dar batalla. Véase la posición sobre la cual nos íbamos á encontrar una vez más con la Europa coligada, á fin de restablecer el prestigio de nuestras armas.

Según ya hemos dicho, esta posición se hallaba junto á los más altos montes de Bohemia, en el *Rieser Gebirge*, terreno neutral contra el que se podían apoyar seguros unos y otros, pues ninguno de los beligerantes debía de sentir la tentación de enajenarse el Austria, violando su territorio. De esta suerte á nuestra derecha se veía alzarse estos montes cubiertos de negros abetos, después de salir de su flanco el Spree, correr sobre un lecho hondamente encajonado, pasar en torno de la pequeña ciudad de Bautzen, que ceñía un viejo muro almenado, flanqueado de torres y armado de cañones; luego á la izquierda el mismo Spree, que tras de circular por entre alturas cubiertas de matorrales y mucho más bajas que las montañas de la derecha, de pronto iba á extenderse en un lecho espacioso, en medio de verdes praderas entremezcladas de estanques, y dilatándose hasta más allá de donde alcanzaba la vista.

Tal era la primera línea, la del Spree, ofreciendo gran dificultad señorearla. A la derecha, sobre los altos montes y su ladera, se divisaban talas de árboles y de arbustos, y detrás muchos cañones, bayonetas y uniformes de rusos. Hacia el centro, más arriba y más abajo de Bautzen, descubriábase asimismo gran número de tropas rusas; y á la izquierda, sobre las colinas llenas de maleza por entre las cuales se abría paso el Spree para derramarse en la llanura, se distinguían igualmente masas de infantería y de caballería, desplegadas en línea las unas, apostadas las otras detrás de obras de campaña, y denotando todas por su equipo que pertenecían al ejército prusiano.

Napoleón resolvió forzar al día siguiente 20 de mayo esta línea del Spree, defendida por tropas numerosas y bien apostadas. Esta debía ser la ocasión de una primera batalla. Luego se proponía dar otra para forzar la segunda línea que se divisaba detrás de la primera, y parecía aún más formidable. Determinó que al día siguiente pasara el mariscal Oudinot el Spree hacia las montañas, ora por un vado, ora por un puente de caballetes, y procurara repeler sobre su segunda posición al enemigo; que hacia el centro tomara el mariscal Macdonald el puente de piedra construido sobre el Spree enfrente de Bautzen, y procurara ganar esta ciudad por asalto; que algo más abajo del centro cruzara el mariscal Marmont el Spree sobre pontones, entre Bautzen y la aldea de Nimschutz, y se estableciera en una buena posición que se halla al otro lado; que finalmente á la izquierda, operando el general Bertrand el paso por Nieder-Gurck, frente por frente de las últimas colinas cuya falda riega el Spree antes de esparcirse por

las praderas, se esforzara en señorear estas colinas, ó al menos en establecerse cerca de ellas. Tal debía ser la tarea de la primera jornada. Durante este tiempo, dando cima el mariscal Ney á su movimiento sobre Hoyerswerda con una masa de cerca de sesenta mil hombres, llegaría junto al bajo Spree, á Klix, cuatro leguas más abajo de Bautzen. Forzando el paso en el mismo Klix á otro día, podría atacar de flanco la segunda posición que atacaría de frente en persona. No había ni reductos ni tesón que se pudieran mantener contra este conjunto de combinaciones.

En el curso de la tarde del 19 de mayo oyóse á lo lejos y hacia la izquierda un cañoneo bastante vivo, que sin inspirar zozobras respecto del mariscal Ney, muy capaz de bastarse con sus sesenta mil hombres, dió margen á discurrir á pesar de todo que el enemigo tentaba un esfuerzo para impedir la unión de las dos partes de nuestra hueste. Por la noche vinieron ayudantes de campo á comunicar lo acontecido.

Atribuyendo los coligados á Napoleón faltas, que no solía cometer nunca, supusieron que el mariscal Ney sólo avanzaba con su cuerpo de tropas, fuerte según ellos de veinticinco mil hombres á lo sumo, después de las pérdidas que en la batalla de Lutzen había sufrido. Destacaron á Barclay de Tolly, que desde su llegada de Thorn formaba en cierto modo un cuerpo aislado sobre las alas de la principal hueste, y le agregaron el general de York con ocho mil hombres, ascendiendo así á veintitrés ó veinticuatro mil combatientes la fuerza de este destacamento. Se calculaba que serían bastantes para causar al mariscal Ney gran daño, gracias á la sorpresa que experimentaría, á su ignorancia del terreno que cruzaba por vez primera, y que, sin destruirle, se le pondría al menos fuera de juego para el día de la batalla decisiva. De consiguiente los generales Barclay de Tolly y de York se encaminaron de Klix á Hoyerswerda, por la derecha el uno y por la izquierda el otro.

A la misma hora la división italiana de Peyri, segunda del cuerpo de Bertrand, fué destacada en dirección de Hoyerswerda para alargar la mano á Ney que se aproximaba. Napoleón había expedido esta orden, á fin de tener siempre en comunicación sus cuerpos de tropas. Desgraciadamente el general Peyri no ejecutó con las precauciones oportunas esta comisión delicada. No hizo exploraciones ni sobre su derecha, por la cual se podía hallar en contacto con el ejército enemigo, ni hacia su frente, sobre el camino donde debía encontrar á Ney. Así cayó de improviso en los alrededores de Königswarta, con los siete ú ocho mil jóvenes italianos de la división suya y en medio de los quince mil soldados aguerridos de Barclay de Tolly, fué asaltado, envuelto y defendióse bizarramente, pero hubiera sucumbido, si no le libertara, cargando impetuosamente á los rusos, el general Kéllermann, hijo del viejo duque de Valmy, al llegar con la caballería de Ney por el camino de Hoyerswerda. No obstante el general Peyri perdió cerca de dos mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y además tres cañones.

En el mismo instante el general prusiano de York, situado á la derecha de Barclay de Tolly, buscaba al cuerpo de Ney y acababa de tropezar, no con Ney mismo, sino con su lugarteniente Lauristón que avan-